

llevado y vendido á algunos tenderos de aceite y jabon algunas cargas de papeles tambien del archivo y particularmente el libro titulado *Anales de Ripoll*, que tantas veces cita el analista de Aragon Gerónimo Zurita.

Pujades, que es quien nos da esta última noticia, no nombra al desdichado monje para que, dice, no se perpetue su nombre con indigna infamia, antes bien perezca.

Hizo bien el cronista catalan. La posteridad debe agradecerle esta sabia prudencia porque esta prudencia ha evitado á aquella la maldicion que hubiérase visto precisada á arrojar sobre el nombre del descreído y mal aconsejado religioso.

Ripoll era panteon de ilustres familias. En sus claustros, en su iglesia, en sus capillas, veíanse ya modestas y sencillas, ya labradas y fastuosas sepulturas, todas ellas decoradas con nombres de esos que encierran cada uno todo un tesoro de recuerdos ó toda una historia de hazañas.

Tampoco nos detendremos en enumerar esas tumbas. Ni podríamos, habiendo perecido entre los escombros del edificio la mayor parte y quedando solo tradicion de algunas.

Allí yacian tendidos sobre sus lechos de piedra la mayor parte de los condes de Barcelona que tanto han dado que hablar á la historia y á la fama, que tan buenos y leales recuerdos han dejado en su patria. A un lado estaba el conde gobernador Wifredo asesinado por Salomon; cerca de él el segundo Wifredo su hijo, primer conde soberano de Barcelona, el mismo que juró no comer á manteles ni cortarse el cabello ni la barba hasta haber vengado la muerte de su padre que vengó atravesando con su espada al impío Salomon; en un ángulo se alzaban los mausoleos de Mir y de Seniofredo, en otro los de Ramon Borrel, Ramon Berenguer tercero y Ramon Berenguer cuarto, el que unió la Cataluña al Aragon con su enlace: todos nombres dignos, nombres ínclitos y nombres venerados.

Y no eran ellos solos, no dormian solos su eterno sueño. A sus piés á sus lados, leales vasallos en vida y en muerte, estaban cien guerreros de pujante espada y allí podian hallarse las estatuas fúnebres de los condes de Besalú, de Oliva Cabreta el desgraciado príncipe que dejó la espada por el cilicio, que trocó la malla por la cogulla, y Bernardo su hijo, el que mereció ser llamado *Tallaferro* (*Cortahierro*) porque, como Carlo Magno, partia en dos con su espada á un caballero armado de todas armas.

Sorprendida debió quedar en verdad toda esa corte de renombrados muer-

tos, ellos que con tantas victorias han enriquecido á su patria, cuando sintieron un dia crujir las robustas bóvedas del monasterio rajadas por el incendio, cuando vieron las llamas penetrar en el templo y lamer con sus lenguas de fuego los bordes de sus tumbas. Oh! cómo no se levantaron entonces tonantes de ira para arrojar á los sacrílegos que iban, á la luz del incendio, á revolver sus cenizas para buscar en vano escondidos tesoros?....

Sin embargo de que casi todo pereció en Ripoll, algunos libros viejos y curiosos hay en los estantes de nuestras bibliotecas donde el que paciencia tenga para hojearlos encontrar debe abundantes datos.

Es que Ripoll ha dado mucho que hablar á los cronistas.

No son empero datos históricos, no son datos que puedan añadir gran cosa á lo que ya dicho dejamos. Casi todo son hechos milagrosos, sucesos acaecidos, desgracias remediadas por la intercesion de la sagrada Virgen. Entre ellos no obstante se halla una tradicion que nos ha proporcionado objeto para escribir un nuevo capítulo, antes de que nos detengamos un momento, pobres peregrinos, á oír el viento que llora al engolfarse rápido en las actuales ruinas del un dia opulento monasterio.

## VI.

### LA ENCINA DEL DIABLO.

PARA que bien y del todo se pueda comprender la narracion que va á seguir, y que procuraremos relatar con todá la cándida sencillez de la verdadera tradicion, es preciso no olvidar dos cosas esenciales.

Primeramente que la acción pasa en el siglo XIV.

Y luego, que antes de haber leyes espresas que consignaran la propiedad y justicia también espresa que se encargara de hacer cumplir estas leyes, los medios por los cuales se hacía constar la propiedad eran más dudosos, y más fáciles por consiguiente las usurpaciones. No siempre sucedía que se tuvieran títulos que probarán la legitimidad de una posesión; de manera que en ciertas propiedades el poseedor solo sabía que le pertenecían por tradición, por buena fé.

Algunas veces, — y esto databa de antigüedad más remota, — se apelaba á signos exteriores y aparentes que pudieran hacer constar perpetuamente los derechos de cada uno. Una piedra, un árbol centenario, un poste solo eran uno de estos signos, y servían para indicar los límites respectivos de las heredades que se lindaban.

Comprendiendo instintivamente los pueblos la futilidad de este medio y lo fácil que era su destrucción ó el separarlo de su verdadero lugar para colocarlo en otro, habían dado cierto sello de santidad á los signos que servían de límite y declaraban marcado con el sello de infamia á cualquiera que osara tocarlos.

Esto dicho, pasemos á nuestra historia.

La empezaremos haciendo que nuestros lectores fijen la atención en un hombre ya de edad avanzada que, en pleno día, y sin al parecer reparar en el sol abrasador que caía, estaba inmóvil y cruzado de brazos al extremo de un campo, no lejos de una secular encina que robusta estendía sus ramas cubiertas de millares de hojas.

Qué hacía allí aquel hombre? qué era lo que miraba con tanta atención?

Aquel hombre se llamaba Norberto, era dueño del campo que pisaba como también de muchos otros, y miraba con ojos de la más escasa codicia un campo mucho más pequeño que el suyo perteneciente á su vecino Ponce.

Por lo demás la encina secular que allí se elevaba era la que servía de límite á su propiedad, indicando que allí empezaba la pobre hacienda de su vecino.

Norberto codiciaba hacia ya mucho tiempo aquel poco de tierra labrada que tenía Ponce con producto tan escaso, que apenas le daba para mantener á su mujer y á sus tres hijos. Porque es preciso saber que Norberto era tan avaro como ambicioso, tan ruin como miserable.

Sus arcas estaban llenas mientras las de Ponce exhaustas, su familia nadaba en la opulencia mientras que la de su vecino se moría de hambre, tenía

veinte campos de labor que le daban grandes productos y su vecino no contaba más que con aquel pobre pedazo de tierra que solo le producía una poquedad y fuerza de trabajos y sudores. Sin embargo el rico codiciaba el bien del pobre.

Háse visto nunca cosa más estraña? El pobre se contentaba con su hacienda y el rico se la envidiaba. Si hubiese sido al revés, si el pobre se la hubiese por el contrario envidiado al rico, todos hubieran dicho: La miseria le tiene fuera de sí!

He ahí lo que son los hombres!

Norberto dejó por fin de guardar su inmovilidad y se retiró paso á paso murmurando:

— Ese campo debe ser mío! Lo he resuelto y es preciso que lo sea!

En todo aquel día no pudo sosegar buscando un medio fácil y espedito de apoderarse de la hacienda del próximo. Pensó primero en quejarse de Ponce ante la justicia del conde y entrar luego por este medio á disputarle la propiedad, pero, cómo hacerlo si Ponce era un hombre completamente de paz, que nunca se había metido con los otros y que pasaba los días enteros entregado á su trabajo y á cuidar de su infeliz mujer que estaba muy enferma? Renunció pues á este medio y buscó otro, pero le fué imposible hallarlo.

No había modo bueno de levantarse con la hacienda de Ponce.

Y tal fué la ojeriza que empezó á tomar á su vecino, que era cosa de desesperarse. No podía comprender como él, hombre rico y opulento, estaba siempre triste, cabizbajo, receloso, sospechando de todo y de todos y como por el contrario Ponce mientras labraba el campo con su yunta, estaba siempre cantando villancicos, siempre con el rostro tranquilo y sereno, indicio de la calma de la conciencia.

Para Norberto no había ya medio. Era preciso que su vecino desapareciera de aquellos sitios y quedara suyo el campo. Era ya una exigencia, una necesidad, una tenacidad. Norberto conocía que iba á morir de ira como no saliera con la suya.

Fácil le hubiera sido si hubiese querido dar al pobre Ponce una cantidad respetable para indemnizarle de la pérdida de su tierra, pero ya hemos dicho que Norberto era avaro, avaro en demasía y antes que recurrir á sus arcas, quería apelar primero á todos los medios posibles é imposibles. Tomábalo con tanto calor y empeño, que no parecía sino que la salvación de su alma dependía de la posesión de aquel terreno.

En el interin, Ponce no sabía nada, y aun cuando varias veces se había

encontrado á su vecino en el dintel de su campo mirándole trabajar con ojos hechos ascuas como si le guardara rencor; no habia comprendido lo que aquello podia significar y no habia parado siquiera la atencion, tan descuidado vivia acerca la envidia que sus pocos palmos de tierra habian desperdado en quien tenia oro para alfombrar con él aquellos mismos palmos de tierra.

Una noche en que Norberto no pudo entregarse al sueño, agitado por la idea que ya en él era fija, dejó por fin de volverse y revolverse por su lecho y saltando de él y vistiéndose á medias, fué á sentarse ante la chimenea de su estancia, cuyos carbonos atizó reanimando el fuego próximo á apagarse.

En seguida dióse una palmada en la frente murmurando:

— De esta noche no paso. He de hallar medio para que el campo sea mio.

Y cruzó una pierna sobre otra y púsose seriamente á meditar.

Ay! cuanto afán en el rico para apoderarse del bien del pobre!

Eran poco mas de las doce de la noche. Norberto meditaba, esprimia todo el jugo de su cérebro... En vano, todo en vano. Por fin, cansado ya, exclamó:

— Pues señor, como no me ayude el diablo, no veo recurso. Capaz seria de venderle mi alma, si se comprometia á hacerme salir con la mia.

Dichas estas palabras, levantó por acaso sus ojos y, júzguese de su sorpresa y de su pasmo, al ver sentado á un extraño personage en el sitio que estaba en frente del suyo, del otro lado de la chimenea. Por donde habia venido? por donde habia entrado? cómo habia llegado hasta allí sin hacer ruido? quién era aquel hombre? á qué venia?

Todas estas preguntas se hizo Norberto interin le examinaba con cierto terror mezclado de curiosidad.

Era el desconocido un hombre que sin ser jóven no llegaba de fijo á la edad viril. Su rostro era agraciado y traducia una especie de sarcástica malicia. Llevaba una gorra parecida á las de los trovadores sobre la cual ondeaba una roja pluma; su capita era roja tambien, rojo su jubon y rojos hasta los zapatos.

Tan extraño personage tuvo el poder de clavar á Norberto en su sitio como una estatua, y el propietario se sentia grado por grado palidecer ante la maliciosa mirada del desconocido fija en él con una tenacidad incomprendible.

Norberto se creyó por un momento preso de un sueño y se restregó los ojos. Cuando volvió á abrirlos se encontró con el mismo personage cuyo rostro estaba entonces iluminado por una risita que llegaba hasta su oido, haciéndole el efecto de un rumor de huesos triturados por una fiera.

Sobrecojióse, tuvo miedo, y empezó á temblar de todos sus miembros.

A medida que mas temblaba, mas el desconocido reia y mas su risa se hacia perceptible.

Era una situacion tan estraña como angustiosa.

Por fin, el hombre rojo fué el que se decidió á romper el silencio, diciendo con una voz aguda y metálica como un timbre.

— Pardiez! que si hubiese sabido que habiais de recibirme temblando no hubiera yo venido por cierto, cediendo á vuestra invitacion.

— A mi invitacion! murmuró Norberto.

— Toma! pues es claro.

— Caballero, yo.... yo no recuerdo haber invitado á nadie.

— Vamos, que si haceis memoria....

— No en verdad.

— Pues entonces que rayos estabais murmurando hace poco?

— Hace poco?

— Sí, cuando habeis dicho: como no me ayude el diablo no veo recurso.

— Cielos! — balbuceó Norberto poniéndose horrorosamente pálido — seriais....

A la palabra Cielos! el diablo se estremeció, y hasta dió un salto en su silla como si le hubiesen pinchado con un grueso alfiler el corazon. Recobróse sin embargo y dijo saludando:

— Hacedme el gusto si quereis que esté en vuestra compañía, de no volver á pronunciar semejante palabra. Me daña los nervios.

— Con qué sois el diablo? — balbuceó Norberto.

— Vuestro servidor.

— Dios mio!

— Os he dicho — exclamó el diablo estremeciéndose — que os sirvierais evitar toda palabra mal sonante para mis oidos. Si no haceis caso de mis advertencias, me voy.

Norberto empezó á recobrar la serenidad que parecia haberle abandonado y dominando en seguida en él su idea fija exclamó:

— Bien mirado, qué mas dá? Lo mismo teneis vos que otro cualquiera. Con tal que me ayudeis, soy vuestro.

— Oh! oh! — murmuró el diablo al ver aquella resolucion. — Mucho os interesa la cosa.

— Terriblemente.

— Vamos á ver, esplicaos. Presentadme vuestra peticion.

— Quiero añadir al mio el campo de mi vecino Ponce.

— Nada mas.

— Nada mas.

— Y qué me dareis por ello?

— Mi alma si la quereis.

— Por el pronto me basta con vuestra firma.

Y el diablo sacó de su bolsillo un pergamino donde se veian escritas varias líneas en caracteres rojos. Púsole sobre su rodilla como encima de una tabla y alargó al propietario un maderito rematando en punta en torno á la cual se agolpaba un espumoso licor rojizo.

— Y que es eso? — preguntó Norberto.

— El pacto conmigo.

El propietario vaciló. Su ángel bueno no le habia abandonado aun y en el corazon del avaro se habia promovido una verdadera lucha.

— A qué me comprometo por medio de este pacto?

— A entregarme el alma el dia en que yo, lo mas tarde posible, me presente á pedirlosla.

— Y á qué os comprometéis vos?

— A daros el campo que codiciáis.

— Cuando?

— Esta misma noche.

— Esta noche?

— Ahora mismo. Luego de haber firmado.

— Confio en vuestra buena fé, — dijo Norberto al diablo.

— Jamás he faltado á ella.

El propietario firmó, y tan encarnadas quedaron las letras trazadas con el palito que le diera el diablo, que parecian escritas con sangre.

— Perfectamente, — dijo Satanás arrollando el pergamino y guardándose-lo en el bolsillo. — Ahora me toca cumplir á mí. Levántate y sígueme!

Norberto se levantó y siguió. A la aproximacion del hombre rojo, todas las puertas se abrian como por encanto. No tardaron en hallarse fuera de la casa, en el campo, respirando el aire fresco de la noche. Satanás caminaba con extraña celeridad y seguiale el propietario admirado de hallar tanta lijereza en sus propias piernas.

No tardaron en llegar junto al terreno de Ponce y detúvose el diablo ante la encina que servia de limite.

— Oye, Norberto — dijo Satanás, — arranca esta encina y vela á plantar

en el umbral del bosque, nadie lo reparará, solo cuando llegue el dia de la siega y Ponce se presente con su hoz, despídele diciendo que el trigo todo te pertenece. Lo demás corre á mi cargo.

— Pero, cómo arrancaré esta encina secular cuyas raices clavadas en el suelo hacen tantos años la retienen como con lazos de hierro?

El diablo dejó aparecer en su rostro aquella misma risita que ya le habia visto Norberto, y acercándose á la encina la tocó con la punta de su dedo. El corpulento árbol se removi6 como un hombre que se hubiese estremeido al contacto de un hierro ardiendo y doblándose con suavidad cayó lánguidamente con toda su robusta mole á los piés del diablo.

— Prueba á levantarle — dijo este — y vé á plantarle donde te he dicho.

Norberto levantó el árbol entre sus brazos con la facilidad misma que le hubiera ofrecido el objeto mas insignificante, y atravesando con su carga el campo del vecino, plantó la encina con la misma facilidad en el dintel del bosque.

Hecho esto, se volvió para buscar al diablo, pero habia ya desaparecido.

Quando llegó el tiempo y Ponce se presentó á segar, Norberto se opuso pretendiendo que aquel campo le pertenecia.

Júzguese de la sorpresa de Ponce. Las gentes del conde fueron llamadas para decidir y apelaron al signo que servia de limite á las tierras de labor. Buscóse la encina centenaria que debia hacer fé y hallóse en la ladera del bosque. En su consecuencia, Ponce fué declarado culpable y diéronsele de término ocho dias para abandonar aquellos lugares.

Quién es capaz de pintar su desesperacion? Arrojado por una fatalidad que no podia comprender del sitio donde habian muerto sus padres, donde habian nacido sus hijos, se veia, de ahí en adelante, destinado á andar errante por el mundo buscando el pan que solo podria conseguirlo mendigando, que solo podia ya esperar de la caridad pública.

Su muger enferma no pudo resistir á este golpe y espiró en brazos de su marido. Este la enterró, derramó amargas lágrimas sobre su tumba, y cojiendo á sus hijos se alejó con el corazon lleno de amargura y rebotando el mas amargo dolor.

Norberto entró pues á disfrutar de la herencia, pero no la disfrutó tranquilo por mucho tiempo. No tardaron en apoderarse de él terribles y atroces remordimientos, y el campo de Ponce que tanto le habia atormentado quando no le pertenecia, le atormentaba mucho mas desde que era su poseedor. Segun la crónica, hallaba un gusto de muerte en el pan recojido en aquellos